

Lema: Amaoto

## DADOS MARCADOS

El lema del concurso le llamó la atención, centrada hasta entonces en adecentar el portátil eliminando archivos innecesarios del escritorio, se trataba de "superación personal y discapacidad" y debía de ajustarse a un máximo de cuatro folios con un mínimo de requisitos. Era la propuesta de la enésima edición de un concurso literario que hasta entonces le había pasado desapercibido pero que ese día le aguardaba amagada en un archivo tipo "pdf" que acababa de abrir para comprobar si lo eliminaba, recordaba vagamente haberlo dejado en el escritorio para verlo otro día con más detenimiento. El primer impulso fue eliminarlo sin más miramientos, se trataba de otro concurso más, de los muchos que había visto y a los que incluso se había presentado, pero esa tarde no tenía ganas de escribir. Cerró el archivo y siguió despejando el escritorio, guardando lo válido y echando el resto a la papelera, pero su pensamiento iba ya por otra parte, el grifo se había quedado medio abierto y los datos chorreaban como un hilillo de agua en el fregadero, sus manos trajinaban el teclado moviendo iconos automáticamente mientras en su mente iban cobrando fuerza momentos del ayer más lejano que volvían nítidos, desvinculándose en ese momento cuerpo y alma, tiempos de la infancia y de la primera juventud regresaban con fuerza del olvido para sorprenderlo y ponerle de manifiesto que él mismo era el protagonista de la narración que bajaba por las cañerías del universo, su mente había entrado en ese estado vaporoso donde el pasado y el futuro cobraban corporeidad tornándose presentes, haciéndose tangibles y ofreciéndole nuevos matices de lo que sería, había sido y era su realidad.

En su lúcida ensoñación se descubría a sí mismo de manera que el escenario era su propia vida y él era el observador, podía posicionarse en cualquier ángulo de

los recuerdos que se le agolpaban en el cuello de botella de la memoria, recuerdos que luchaban por salir para que por fin tomara consciencia de que había vivido toda su vida coexistiendo con una discapacidad invisible, en una convivencia tan íntima que en ocasiones le había pasado desapercibida, se había acostumbrado tanto a dormir con su enemigo que se había confundido con él mismo, lo había integrado totalmente en su ser, desde hacía mucho tiempo eran la misma persona, pero no había sido así siempre, en multitud de ocasiones ese enemigo invisible se había interpuesto en su vida, siempre de una forma sutil pero a veces con consecuencias, siempre involuntarias y a veces imprevisibles.

Mientras atendía a la apertura de datos que el universo le ofrecía, se movía entre bastidores en las estampas del recuerdo con omnipotentes privilegios de observador volviendo a hacer consciente aquel extraño malestar ya casi olvidado, aquella sensación de incomodidad que le sobrevenía al encontrarse en el centro de cualquier situación, un malestar que, sin duda, luego sería germen de una latente ansiedad de ánimo que quiso ser perenne, por la boquilla del grifo abierto regresaban a su presente aquellos días del colegio, ahora los veía como si sobrevolara el momento y se veía a sí mismo siempre colocado en los pupitres de la izquierda, o en la última fila, ya en la facultad, o también buscando la izquierda en los paseos con el grupete de amigos, colocándose siempre a la izquierda con la pareja, siempre con tendencia a colocarse a la izquierda de la gente, ocultando una discapacidad que nadie veía, ocultando lo invisible para los demás, haciéndolo de forma automática e inconsciente la mayor parte de las veces, conviviendo con una discapacidad sin nombre y normalizando conductas aparentemente extrañas, haciéndolas una característica personal que pocos o nadie podían entender, convirtiéndose sin pretenderlo en una persona peculiar, alguien que huía del protagonismo en las distancias cortas, que se relajaba en los espacios amplios, que siempre prefería mirarte de frente, que buscaba las palabras con la mirada entre el barullo de las aglomeraciones, que repetía en el pensamiento el movimiento de tus labios hasta que lo encajaba con el sonido de una palabra

en tu boca, que te miraba sin mirarte a los ojos, que te miraba a la boca solo para ver lo que decías.

Alguien que se podría haber convertido con el tiempo en una persona solitaria pero que fue capaz de integrar sus demonios, que sobrevivió a las burlas de los inconscientes de turno, que siempre los hubo, que superó sus inseguridades aprendiendo a vivir con ellas, alguien que se fue olvidando de esa lucha diaria con el paso de los años hasta el punto de sorprenderse un día escribiendo un máximo de cuatro folios, a doce de letra y doble espacio y preguntándose si le faltarían folios o le sobrarían y dándose cuenta de que a medida que las líneas se iban llenando de letras y los párrafos de significado esa integración lo había hecho como era, una persona consciente de las dificultades de vivir en ese lado de la vida en el que no lo llevas todo de serie.

La tarde en que se escribió el relato se había ido oscureciendo a medida que la noche se afianzaba en el cielo, sin embargo las palabras que seguían bajando del registro akáshico ponían luz en la narración y sacaban de las tinieblas momentos complicados en los que esa pequeña discapacidad se había hecho grande, enorme, a veces infranqueable, momentos de desconcierto, de incomprensión, de risas, de situaciones equívocas, de burlas aparentemente inofensivas, momentos en los que la única vía de escape, la más rápida y eficiente era coger distancia para poder entender de nuevo la situación, pequeñas huidas hacia lugares seguros, momentos absurdos en los que nadie entendía que había un fantasma que te tenía en lucha, una entidad que nadie más observaba, situaciones que nadie comprendía y que te colocaban en aprietos, situaciones absurdas en las que te desorientabas, pero nadie sabía que te faltaban datos para comprender; con el tiempo desarrollarías la habilidad de inventártelos para recuperar el control. Se trataba de un muro del que a nadie hablaste hasta mucho más tarde y que en ocasiones se interponía entre tu y el resto del mundo, un muro que te forjó un carácter desde los primeros días, que te dejó una

forma a veces extraña de comportarte, que te dio una sensibilidad que otros no alcanzaron a sentir por la sencilla razón de que no les era precisa para sobrevivir, que te dio la posibilidad, tal vez necesidad, de ver las cosas desde las afueras, con una perspectiva amplia en la que nada te pasaba desapercibido, una perspectiva que nunca podrían tener los otros protagonistas de tu vida.

Llegó un día indeterminado y alguien le puso nombre al fantasmilla, le llamaron hipoacusia severa izquierda, funcionalmente asimétrico en aparente simetría, una discapacidad sin nombre coloquial específico, pero por entonces la lucha interior de los primeros años de la vida ya había perdido virulencia, las mofas, risas y gestos condescendientes ya no llegaban a inquietar a aquel niño, aquel niño había crecido y era un hombre que desde una pequeña discapacidad había desarrollado la facilidad de sintonizar con el lado menos amable de la vida, de una forma inconsciente, sin victimismos, sin afectaciones, sin esnobismos, nadie se lo había dicho pero sabía de primera mano que esa forma de vivir era como empezar una carrera desde más atrás que el resto, buscar un equilibrio como un funambulista sobre una cuerda excesivamente floja o echar una partida de ajedrez sin el alfiz del carril negro, sabiendo desde el primer día que la vida es como es, que ni es justa ni tiene porqué serlo, donde no valen lamentaciones, ni excusas, ni justificaciones. Aquel niño sabía desde el primer día que los dados estaban marcados y sin embargo quiso jugar a ganar.

**LEMA: AMAOTO**